

REFLEXIONES SOBRE LA FILOSOFÍA DEL HITLERISMO

La filosofía de Hitler es simplista. Sin embargo, las fuerzas primitivas que se consumen en ella hacen surgir la fraseología miserable bajo la presión de una fuerza elemental. Despiertan la nostalgia secreta del alma alemana. Más que un contagio o una locura, el hitlerismo es un despertar de sentimientos elementales.

A partir de ahí, este fenómeno terriblemente peligroso se vuelve filosóficamente interesante, porque los sentimientos elementales esconden una filosofía. Expresan la actitud fundamental de un alma ante el conjunto de la realidad y de su propio destino. Prede-terminan o prefiguran el sentido de la aventura que experimentará el alma en el mundo.

La filosofía del hitlerismo desborda así la filosofía de los hitlerianos. Pone en cuestión los principios mismos de una civilización. El conflicto no se dirime únicamente entre el liberalismo y el hitlerismo. También el cristianismo está amenazado, a pesar de los miramientos o de los concordatos de los que se beneficiaron las iglesias cristianas al advenimiento del régimen.

Desde luego, no basta con distinguir, como ciertos periodistas, el universalismo cristiano del particularismo racista: una contradicción lógica no puede juzgar

Reflexiones sobre la filosofía del hitlerismo

un acontecimiento concreto. El significado de una contradicción lógica que opone dos corrientes de ideas sólo aparece con plenitud si nos remontamos a su fuente, a la intuición, a la decisión original que las hace posibles. Es con este espíritu con el que vamos a exponer estas reflexiones.

I

Las libertades políticas no agotan el contenido del espíritu de libertad que, para la civilización europea, encarna una concepción del destino humano. Esta concepción es un sentimiento de la libertad absoluta del hombre frente al mundo y frente a las posibilidades que requieren su acción. El hombre se renueva eternamente ante el universo. En términos absolutos, no hay historia.

La historia es la limitación más profunda, la limitación fundamental. El tiempo, condición de la existencia humana, es sobre todo condición de lo irreparable. El hecho consumado, arrastrado por un presente que huye, escapa para siempre al control del hombre, pero pesa sobre su destino. Detrás de la melancolía del eterno fluir de las cosas, del presente ilusorio de Heráclito, está la tragedia de la inamovilidad de un pasado indeleble que condena la iniciativa a no ser más que una continuación. La libertad verdadera, el verdadero comienzo exigiría un presente verdadero que, siempre en el apogeo de un destino, lo reiniciara eternamente.

El judaísmo aporta este mensaje magnífico. El remordimiento —expresión dolorosa de la impotencia radical para reparar lo irreparable— anuncia el arrepenti-

Reflexiones sobre la filosofía del hitlerismo

miento generador del perdón que redime. El hombre encuentra en el presente algo con lo que modificar, con lo que borrar el pasado. El tiempo pierde su irreversibilidad misma. Se desploma irritado a los pies del hombre como un animal herido. Y lo libera.

El sentimiento humillante de la impotencia natural del hombre ante el tiempo constituye toda la tragedia de las Moiras griegas, toda la magnitud de la idea del pecado y toda la grandeza de la revuelta del cristianismo. A los Atreides que se debaten bajo el abrazo de un pasado, extranjero y brutal como una maldición, el cristianismo opone un drama místico. La Cruz libera; y por la Eucaristía que triunfa sobre el tiempo esta liberación es cotidiana. La salvación que el cristianismo quiere aportar sirve como promesa de recomenzar el carácter definitivo del flujo de los instantes, de superar la contradicción absoluta de un pasado subordinado al presente, de un pasado siempre involucrado, siempre puesto en cuestión.

Por eso, el cristianismo proclama la libertad, por eso la hace posible en toda su plenitud. La elección del destino no sólo es libre, sino que una vez tomada no se convierte en una cadena. El hombre conserva la posibilidad —extraordinaria, desde luego, pero inteligible y concreta— de rescindir el contrato por el cual se comprometió libremente. Puede recuperar en cualquier momento la desnudez de los primeros días de la creación. No es una reconquista fácil, puede fracasar. No se trata del efecto del decreto caprichoso de una voluntad situada en un mundo arbitrario. Pero la profundidad del esfuerzo requerido da la medida de la dificul-